

## ODA A UN RUISEÑOR (POR JOHN KEATS)\*

Con excepción de dos poemas, el autor considera *provisionales* todas sus traducciones, y sujetas a una revisión total<sup>1</sup>. En la mayoría de los casos, se trata solo de la equivalencia de sentido lógico, sin ninguna preocupación formal. De editarse alguna vez este libro, el autor emprendería la tarea de ajustar definitivamente sus versiones de poemas (y cartas) de Keats.

### CANTA UN PÁJARO

JULIO CORTÁZAR

Cantará el ruiseñor  
En la cima del ansia  
*Jorge Gillén*

Marzo, mes de praderas y despedidas, empieza hoy. Desperté rodeado de presagios, soñé con amigos europeos...

Son las ocho, el sol me cae en una oreja; tomo mate amargo y sé que es marzo, que el planeta se ha movido anoche como las agujas de los relojes en las grandes estaciones: un brusco salto, dos minutos. Febrero, zas marzo.

También en el tiempo de las *Odas* había pasado un mes. Abril trajo las primeras; mayo, recinto de la primavera, va a oír cantar el ruiseñor en la poesía de Keats. El ruiseñor "canta mal, ha dicho Cocteau queriendo ahogar a los poetas mediocres con la muerte del lugar común. Pero también él ha dicho que hay cosas que no son ni buenas ni malas: tienen otros méritos. En la melopea del pájaro se esconde ese algo que oscuramente penetra la oscuridad del que escribe. Cernuda, siempre tan cercano a estas odas, lo busca en la soledad:

Como el ruiseñor canta  
En la noche de estío,  
Porque su sino quiere  
Que cante, porque su amor le impulsa.  
Y en la gloria nocturna  
Divinamente solo  
Sube su canto puro a las estrellas.

*(La realidad y el deseo)*

Y Jorge Guillén en la pasión:

Cantará el ruiseñor

---

\* KEATS, J.: « Oda a un ruiseñor » en CORTÁZAR, J. *Canta un pájaro*. Imagen de John Keats (traducción referida al sentido lógico, sin preocupación por lo formal a la Oda a un ruiseñor de John Keats) Alfaguara. Biblioteca Cortázar. Madrid, 1996.

<sup>1</sup> Siguiendo el criterio de literalidad por el que Cortázar optó expresamente, se ha intentado ajustar las traducciones de cartas y poemas. (*Aurora Bernárdez*).

En la cima del ansia.

(Advenimiento)

Y Daniel Devoto en el amor del que escucha:

Siento cantar un ruiseñor, a veces,  
Sobre una rama, y es sólo mi sangre  
Que está pensando en ti sin que lo sepa.

(Canciones contra mudanza)

Y Juan Ramón en el dolor:

Y un ruiseñor, dulce y alto  
Jime en el hondo silencio.

John oía al ruiseñor en los anocheceres de Hampstead, y su oda nacerá del entresueño como un abrazo a lo circundante, a un mundo que el canto del ave sensibiliza, vuelve acorde total. La más varia de todas, abierta sinfónicamente al ámbito que John busca aprehender, esta oda es resumen de la juventud ansiosa y feliz del poeta, triunfo de la «desvelada angustia» antes del cercano otoño.

La *idea* del poema nace de que el ruiseñor, el ruiseñor que canta por fina maestría como lo ve Berceo, hiere de música al poeta en medio de su abandono silvestre, y tanta felicidad sonora le duele, no por envidia sino por sobreabundancia de gozo. El encuentro de los contrarios vuelve a cumplirse bajo el semisueño propicio, y John se siente sumergir en esa ósmosis total donde la pérdida de identidad funde sensaciones y sentimientos con sus causas, alcanza la *oneness* donde se confunden objeto y sujeto. El corazón le duele porque ningún corazón soporta sin dolor la felicidad extrema, esa explicación indecible de la muerte -que no será, ay, nuestra apagada y precisa muerte de un día futuro.

(Quiero decir, ese punto en el que morir es ya lo necesario, pero no ocurre nunca *ahí y entonces*; el día en que morimos no cantan ruiseñores, ni nos tiene en sus brazos el amor, ni las cuentas están bien saldadas. Nadie como John para saberlo, él que aquí se enamora de la muerte que lo esperaba en otra parte como al jardinero del rey.)

El poema empieza:

*My heart aches, and a drowsy numbness pains  
My sense, as though of hemlock I had drunk,  
Or emptied some dull opiate to the drains  
One minute past, and Lethe-wards had sunk:  
'Tis not through envy of thy happy lot,  
But being too happy in thine happiness,  
That thou, light-winged Dryad of the trees,  
In some melodious plot*

*Of beechen green, and shadows numberless,  
Singing of summer in full-throated ease.*

El corazón me duele, y un torpor soñoliento aqueja  
mis sentidos, como si hubiera bebido cicuta  
o apurado hasta el fin un espeso narcótico  
hace un instante, hundiéndome en las aguas del Leteo;  
no es por envidia de tu dichosa suerte,  
sino por ser demasiado feliz en tu felicidad;  
tú que, livianamente alada Dríada de los árboles,  
en algún sitio melodioso  
de verde hayal e innumerables sombras  
con henchida garganta le cantas al verano.

(Estr. I)

¡Qué salto, qué irrupción del gozo! Sumido en las imágenes que penetrantemente repiten las de la *Oda a la melancolía*, John vuelve a rechazarlas; no ya con un: «No vayas al Leteo», sino, desde lo profundo de sus aguas, en el torpor soñoliento, dándose a la felicidad que es rui señor. La Melancolía está otra vez aquí, ya que con la belleza mora; la oda testimonia de su presencia, en el alternarse de la entrega a la dicha (estrofas 2, 4, 5) y el apenado reconocimiento de su precedero abrazo -en las restantes estrofas y el *color* general del poema-. Este alternarse es un admirable recurso técnico (¡no asustarse por las palabras!) que lleva al lector al centro mismo del lugar melodioso donde dicha y melancolía danzan tomadas de la mano. Primero es el arranque apasionado ante el milagro del canto:

*O for a draught of vintage, that hath been  
Cool'd a long age in the deep-delved earth,  
Tasting of Flora and the country green,  
Dance, and Provençal song, and sunburnt mirth!*

¡Oh, beber un sorbo de vino, refrescado  
largo tiempo en lo hondo de la tierra,  
con el sabor de Flora y de los verdes campos,  
de la danza, la canción provenzal y el soleado júbilo!

(II)

Porque el amigo del clarete quiere bailar el vino («Yo podría bailar ese sillón», dijo una vez Isadora) el «verdadero, el ruboroso vino de Hipocrene»; lo quiere «con burbujas como perlas, brillando en el borde de la copa, y boca manchada de púrpura». Lo quiere para perderse en la floresta con su rui señor, olvidado ya de lo que lo rodea,

*Here, where men sit and hear each other groan...*

Aquí, donde los hombres se sientan para oír sus mutuas quejas...

(III)

y donde pensar es caerse en la pena. Con una mera alusión Keats se sitúa otra vez en su fiel creencia: el ruiseñor, como la urna, son voces de la eternidad que buscan «arrancamos del pensar»; la fuerza sensible de un principio inefable, el camino extramental por donde la esencia asoma fugitiva.

Y otra vez -desde el primer hombre que hizo la primera pregunta y tuvo miedo y júbilo- el poeta busca ese camino con sus armas:

*Away! away! for I will fly to thee,  
Not charioted by Bacchus and his pards,  
But on the viewless wings of Poesy,  
Though the dull brain perplexes and retards...*

¡Lejos, lejos! Pues volaré hacia ti,  
no en el carro de Baco y sus leopardos,  
sino en las invisibles alas de la Poesía  
aunque la torpe mente vacile y se demore...

(IV)

La invocación al vino era una puesta en marcha, primera y sensual invasión de lo pánico. Pero Dionisos no basta, al ruiseñor se va con otras alas. Entonces siguen la cuarta y quinta estrofas, *pura palabra*, felicidad verbal en la que John no tiene *nada que decir*, sino solamente eso, *decir eso*, y donde versos como

*The murmurous haunt of flies on summer eves*

enlazan imágenes que no resisten la traducción. Es de noche,

*But here there is no light  
Save what from heaven is with the breezes blown...*

Pero no hay luz aquí,  
salvo la que del cielo las brisas soplan...

(IV)

Una necesidad de perderse en la espesura fragante, de abandonar el último resto de *identidad* que lo ata a su palabra; la muerte tiene de pronto un sentido, el de la accesión última, no ser ya tránsito sino madurez frutal para la boca que dulcemente muerde y sabe.

*Darkling I listen; and for many a time  
I have been half in love with easeful Death,  
Call'd him soft names in many a mused rhyme,  
To take into the air my quiet breath;  
Now more than ever seems it rich to die,  
To cease upon midnight with no pain...*

Oscuramente escucho; y estuve muchas veces  
un poco enamorado de la apacible Muerte,  
y le di suaves nombres en pensativas rimas  
para que llevara al aire mi sosegado aliento;  
ahora, más que nunca, morir es plenitud,  
cesar a medianoche sin dolor...

(VI)

«Morir es plenitud», riqueza. Uno recuerda la *Oda a Maya*: «Mi canción moriría... rica en la simple adoración de un día».

La soledad no duele, el silencio es la esfera en cuyo centro el hilo de voz del ruiseñor contiene el mundo. Oyéndolo transido, John pudo ser un verso de Hölderlin (tan cerca de él sin conocerlo) que recuerdo con las palabras francesas que me lo trajeron:

*Tu es si seul au coeur de la beauté du monde.*

Él, escuchando; y también el ave «que no nació para la muerte» y que conoce la soledad de ser siempre el ruiseñor, de no tener tampoco identidad:

*The voice I hear this passing night was heard  
In ancient days by emperor and clown:  
Perhaps the self-same song that found a path  
Through the sad heart of Ruth, when, sick for home,  
She stood in tears amid the alien corn...*

La voz que oigo esta noche fugaz, fue oída  
en antiguos días por el emperador y el rústico:  
quizá el mismo canto que se abrió camino  
hasta el triste corazón de Ruth cuando añorando su patria,  
detúvose llorando en el trigal ajeno...

(VII)

Renuncio a traducir los tres versos siguientes, de valor absolutamente incantatorio:

*The same that of-times hath  
Charm'd magic casements, opening on the foam  
Of perilous seas, in faery lands forlorn.*

(VII)

Entonces el ruiseñor emprende el vuelo, su canto cede, perdiéndose más y más en lo hondo del bosque. El enajenado se siente recaer en sí mismo como un enorme peso presente y pensante, el hombre que abre los ojos, relee su página, empieza a tener conciencia de verbos y ramajes:

¿Fue aquello una visión, o un sueño de vigilia?  
la música se ha esfumado. ¿Estoy despierto o duermo?

(VIII)

Treinta centímetros de cátedra. Vale la pena leer las páginas de Garrod sobre la *Oda*, donde se señala una probable influencia de Coleridge sobre Keats; por mi parte me veo paseando a la vera de una acequia, en Mendoza 1944, con el tomito de la *Everyman* dedicado a Coleridge, y descubriendo cómo *El ruiseñor*, escrito en 1798, precede a John en la reivindicación vital del ruiseñor, acabando con el prejuicio de su tristeza<sup>2</sup>.

*... And hark! the Nightingale begins its song,  
'Most musical, most melancholy' bird!  
A melancholy bird? Oh! idle thought!  
In Nature there is nothing melancholy.*

¡Oíd ahora! Empieza el ruiseñor su canto,  
de las aves el más «sonoro y melancólico».  
¿Melancólico, dices? ¡Oh pensamiento vano!  
en la naturaleza no hay nada melancólico.

y el buen Coleridge lo prueba hermosamente:

*'Tis the merry Nightingale  
That crowds, and hurries, and precipitates  
With last thick warble his delicious notes,  
As he were fearful that an April night  
Would be too short for him to utter forth  
His love-chant, and disburthen his ful soul  
Of all its music!*

¡Es el alegre ruiseñor  
que concierta y apura y por fin precipita  
en cascada de trinos sus notas deliciosas,  
temeroso quizá de que esta noche de abril  
no le alcance para lanzar  
su canto de amor y descargar su alma  
de todo lo que es música!

---

<sup>2</sup> Del que da acabada idea un delicioso poema de sir Philip Sidney, *El ruiseñor*, que empieza:  
El ruiseñor, tan pronto como brinda abril  
A su descansado ánimo perfecto despertar,  
Mientras la tierra, desnuda antes, orgullosa de su nueva vestidura, florece,  
Canta sus penas, haciendo de una espina cancionero.

A John debió de agradarle esta intensidad de canto, que destaca los versos de un contexto flojo y lleno de caídas discursivas. Su ruseñor crecerá sobre la idea dieciochesca de Filomela, acercándose a la fuente viva que misteriosamente vuelve tan caro al hombre ese canto. Su oda -la más invocatoria, 'las más «oda» en el sentido escolar- replica con magia sonora la línea errática del ruseñor encendido como una estrella en los árboles. No sé de otro poema de John que -si preciso fuera señalar uno solo- nos acerque más a su *desvelada ansiedad* de ser, a su entrega por irrupción, a su ingreso enajenado. Éste es el delirio lúcido del lírico, el lenguaje que no espera al pensamiento, que vuela por imágenes y accede por incantación. Realmente *ya no se puede hablar*. Pienso en John cara arriba, yéndose al canto; pienso en San Juan de la Cruz:

Que me quedé balbuciendo  
Toda ciencia trascendiendo.

---

---

**Para otra traducción:**

<http://ebrooken.blogspot.com/2005/08/oda-al-ruseor-de-john-keats.html>